



En las películas como en la vida real algunos de los miembros de la familia son más protagonistas que otros. Un hijo, una madre, un padre o hasta un abuelo pueden tomar la batuta de una buena historia.



EL ÁRBOL de la VIDA: personajes FAMILIARES

Padres

José Carlos Cabrejo

Se suele ver al cine como un fenómeno de luz, pero es verdad también que la pantalla es una sombra de nosotros mismos. Porque en las películas podemos hallar la silueta de los padres que tenemos o de los padres que somos. Uno puede ver en *Boyhood* (Richard Linklater, 2014) la emoción de todo papá, ansioso por hacerle descubrir a su hijo esas cosas maravillosas que conoció quizá mucho antes que naciera, reflejada en la escena en que el personaje de Ethan Hawke le regala a

su hijo un CD al que denomina como “Black Album”, en el que recopila algunos de los mejores temas creados por los miembros de los Beatles después que la banda se disolviera.

A veces, un padre puede convertirse también en el amigo imaginario. En *De tal padre, tal hijo* (Hirokazu Koreeda, 2013), un despeinado y bufonesco Rirí Furankí siempre se pone al nivel fantasioso y juguetero de sus hijos (el biológico y el que no lo es) y se puede convertir, dentro de una tina, en un muñeco de hule más, botando agua por la boca como un chorro. Pero un papá, como todo ser humano, no es perfecto. Darth Vader (David Prowse),

a pesar de aprovecharse del vínculo sanguíneo que tiene con su hijo Luke Skywalker (Mark Hamill) para llevarlo por el camino del mal en *El imperio contraataca* (Irvin Kershner, 1980), finalmente se reivindica y logra reconciliarse con él, cerca de la muerte, en *El regreso del Jedi* (Richard Marquand, 1983). Y lo mismo pasa con el Travis (Harry Dean Stanton) de *Paris, Texas* (Wim Wenders, 1984), que recorre pasajes desérticos, en una pantalla en formato panorámico, como un vaquero fantasmal, al estilo del Clint Eastwood de los tiempos de *La venganza del muerto* (1973), para lograr el reencuentro de su hijo con



Marfa Girl ◀

su desaparecida madre. En parte, lo hace para redimirse de sus pecados. Por más poderoso que sea el lado oscuro de la fuerza, por más nociva que pueda ser la adicción al alcohol, Vader y Travis son padres que al final lo dan todo por su descendencia, y si no pregúntenselo al Han Solo (Harrison Ford) atravesado por un sable laser en *Star Wars: el despertar de la fuerza* (2015), o a Vito Corleone (Marlon Brando) cediendo ante los pedidos de sus enemigos por la muerte de Sony (James Caan) en *El padrino* (Francis Ford Coppola, 1972).

El lazo emocional que establece un padre con su propia sangre es irrompible pero también puede ser hiriente. Pierre (Daniel Auteuil), cuando cobra más conciencia de que ya dejará de vivir al lado no solo de su esposa, sino de su hijo de año y medio, recorre como alma en pena, sin rumbo, las calles de París, sintiendo algo parecido a perder una parte de su cuerpo, en *La separación* (Christian Vincent, 1994). El polémico documental argentino *Borrando a papá* (Ginger Gentile y Sandra Fernández Ferreira, 2014) muestra a padres, a través de planos de busto, a medio camino entre la fortaleza masculina y el quejre emocional, relatando cómo la relación con sus hijos anda perdida por meses o años en una pesadilla judicial y kafkiana en el que siempre son vistos como potenciales agresores solo por el hecho de ser hombres.

No es una cuestión de edad sino de perspectiva. En *Al final del Edén* (1998) hay dos parejas protagonistas, jóvenes y viejos, pero los “adultos” también son criminales, también son yonquis y están tan dispuestos a todo como si recién empezaran a vivir.

Sea un padre en cuerpo presente o ausente, él siempre está al lado de su hijo. Algunos piensan que *El rey león* (Roger Allers y Rob Minkoff, 1994) trata de cómo Simba pierde a Mufasa, su padre, para así madurar, hacerse adulto y convertirse en rey. Pero eso no es cierto. Más bien la cinta demuestra que Mufasa es un ser inmortal, que pase lo que pase, y a

pesar de los obstáculos, de las distancias, de las limitaciones, está ahí para proteger y amar a su hijo. El amor de Mufasa hacia Simba es tan poderoso y fuerte que vence todas las barreras, hasta las más inimaginables, apareciendo en el reflejo del agua o en un cielo estrellado. Simba ve a su papá en el mundo que lo rodea para darse cuenta que en realidad lo tiene dentro, como un entrañable amuleto.

Hijos

Eugenio Vidal

Hay muchas maneras de ver el mundo. Pero si lo reducimos al máximo, quedan dos: o ves la vida como padre, o ves la vida como hijo. Ninguna perspectiva escapa a eso. Siempre partes de ahí. Luego le puedes ir añadiendo capas al gusto: género, contexto social, etc.

La perspectiva en el cine no se encuentra solo en los encuadres, sino se trataría nada más que de cuadros plásticos con movimiento; se define sobre todo por la conjunción orgánica de sus elementos, que configuran a través de la pantalla un modo de comprender una vida, el mundo exterior tras el encuadre, una historia.

Para Larry Clark la perspectiva del hijo viene siendo una consigna de vida. Desde *Kids: Vidas perdidas* (1995) hasta *The Smell of Us* (2014) sus películas las protagonizan jóvenes parias del sistema en que viven, con las ganas y el coraje para experimentarlo todo y las heridas causadas por una sociedad ruin y estúpida que se cree con derecho a tener la razón. Y la perspectiva que Clark nos presenta es la de los guetos que construyen para sobrevivir.

No es una cuestión de edad sino de perspectiva. En *Al final del Edén* (1998) hay dos parejas protagonistas, jóvenes y viejos, pero los “adultos” también son criminales, también son yonquis y están tan dispuestos a todo como si recién empezaran a vivir. En *El despertar del terror* (2002) incluso hay inmortales que lucen como jóvenes y viven como tales para la eternidad.

Se trata de un grupo con otras ideas sobre lo que es vivir, como la artista encargada de desarrollar un

proyecto en Marfa, una ciudad de Texas donde la policía enmarroca a cualquier niño de piel oscura que transite por la frontera más allá del toque de queda. Ella vive una sexualidad tan promiscua como inocente y sincera con los chicos del barrio. O los *skaters* de *Nuevos guerreros* (2006), de quienes todos se burlan llamándolos *rockers*, porque nadie ha visto un *skater* con el pantalón apretado en la zona del sur de Los Ángeles donde viven. Ellos son marginados entre marginados sociales, porque el tema de Larry Clark no es la historia de una sociedad que separa a un grupo menor, sino un grupo capaz de ver en el espacio donde vive lo que nadie más, una perspectiva que resemantiza la lógica y cimientos de la existente, que es tanto su heredera como su parricida.

Larry Clark acaba de cumplir setenta y tres años en enero. Tiene una web donde colgó *Marfa Girl* (2012) y promete subir más y ya. Nada que interrumpa la fluidez, nada de distribuidoras u otros agentes destructores del cine. Si la quieres en pantalla grande, la descargas y la proyectas. No es que él siempre lo haya entendido así, sino que se encuentra del lado del hijo. No se aferra a moldes establecidos, sino es de aquellos dotados para transformarlos en pasado.

► *Boyhood*



Madres

Mónica Delgado

El melodrama latinoamericano es el género por excelencia donde las figuras maternas han sido reveladas como fuentes de grandes actos de sacrificios e incluso martirologios. Sufridas, abnegadas, santas, lejanas a lo sexual, para estar más cerca de la divinidad: modelo total de mujer. Des-

de los filmes de Vicente Oróná o René Cardona hasta la subversión dentro del rol materno en ambientes tugurizados o de ambivalencia moral de los filmes de Arturo Ripstein. Sin embargo, quizás el reverso de lo materno, en su ambigüedad y en respuesta a lo instintivo, que casi no aparece subvertido dentro del canon latinoamericano (recordemos a la madre en *Los olvidados* (1950) de Buñuel, un caso singular y que ocasionó respuestas en contra), nos permite dar luces de esos intentos de transgredir esos roles que no escapan del modelo social dominante sobre lo maternal, ni para cuestionarlo o desnudarlo.

Menciono dos filmes en los cuales los roles maternos, eje mismo de las películas, permiten precisamente lecturas que reformulan paradigmas, tanto para indagar más sobre la naturaleza de lo materno y lo femenino desde el mismo lenguaje cinematográfico o para ahondar en el tipo de representación que escapa a un imaginario usual y canónico.

En *La Piedad invertida* de *Madre e hijo* (1997) de Alexander Sokurov, el cineasta propone un relato de matices expresionistas para mostrar la irrealidad o lado onírico de una relación filial extraña. Si a lo largo de la historia del cine se ha mostrado una unidireccionalidad en la forma de abordar esta posesión, dominio o



Sonata otoñal ◀

devoción de la madre sobre el hijo, incluso piadosa a la manera exacta de María y Cristo en la Pasión, aquí es una vuelta de tuerca física a ese acercamiento. La madre que enferma y envejece es la que se deja cuidar y sostener. Es nuevamente un ser inválido que requiere de una suerte de fusión con el hijo para poder estar de vuelta en el mundo. Una analogía sobre un amor siamés, pero que no deja de tener la misma aura de santidad. Para ser un nuevo tipo de hijo hay que ser madre, de alguna manera.

En *Sonata otoñal* (1978) de Ingmar Bergman se permite un duelo generacional desde la pérdida y el reproche entre dos mujeres adultas: una madre artista y la hija que abandonó por dedicarse a la música. Ingrid Bergman y Liv Ullmann en una nueva versión de *La hora del lobo*, tiempo donde caen las máscaras pero no para cambiar un orden, sino para mantenerlo tal cual, puesto que nada sublima, ni el perdón, la hostilidad de una madre hacia un hijo. Dos personajes que se vuelven a ver luego de años y que tras el encuentro inicial se van acercando solo para confirmar la necesidad de seguir preservando sus roles impuestos (la de la virtuosa pianista independiente y la de la hija defraudada esposa de un pastor), uno fuera del sistema y otro muy dentro de él. En este filme de Bergman, el alejamiento de la imposición de lo materno tiene un efecto sentimental, que no

termina de cerrarse, ya que lo que se concibe como deber maternal es una afirmación moral y obligación desde el instinto. Vivir fuera de él propicia la exclusión u otros modos de exilio.

Abuelos

Luciana Fonseca

Empezaré por recordar *18 Again!* (1988). El tímido joven de dieciocho y el vital anciano de ochenta y uno. Abuelo y nieto, cambian de cuerpos después de un accidente que los dos tienen el mismo día en que cumplen años. Lamentablemente, el cuerpo del anciano queda en coma y por ende el alma del chico queda atrapada ahí y el alma del abuelo estaba en el ileso cuerpo del joven. Esto le permite desplegar toda la experiencia de su vida en la vida de David, su nieto, y con mucha confianza solucionar las típicas preocupaciones de la vida de un adolescente.

Claro que los abuelos con toda su experiencia podrían solucionarnos la vida como en *18 Again!*, pero como eso no es factible en la vida real, nos cuentan historias. Hay un par de ellos que me gustaría recordar, como *El abuelo que saltó por la ventana y se largó* (2014), no tenemos a un abuelo con nietos propiamente dicho. Sin embargo, podríamos decir que todo aquel que vea la película se convierte

en un nieto más de Alain Karlsson, el abuelo centenario que con sus hazañas del pasado y del tiempo presente no hace más que enseñarnos que la vida es mejor sin preocupaciones. Además de la vida de Karlsson, la historia de Jonan Jonasson (autor del *bestseller* sueco en el que se basa la película) lleva al abuelo y a sus “nietos” (espectadores) en un viaje por la historia en la época que probablemente hayan vivido muchos de nuestros abuelos: desde la dictadura de “El Generalísimo” Francisco Franco, a quien Alain le salva la vida casualmente, hasta la Guerra Fría, donde nuestro abuelo por azares del destino termina trabajando como espía.

Otro abuelo “storyteller” sería una mujer, pero no necesariamente de una ficción. El documental *Intimidaciones de Shakespeare y Víctor Hugo* (2008), de la directora Yulene Olai-zola, es una fascinante historia real de una abuela que le cuenta a su nieta (la directora del documental) cómo vivió con un Jorge Riosse, un hombre muy silencioso pero que cantaba y al parecer genio inclinado por las artes. Esta anciana cuenta sus anécdotas de los ocho años vividos con Riosse como inquilino y cómo se entera después de la muerte de este que era un asesino en serie muy buscado que ahorcaba ancianas.

Lo último en el cine sobre los abuelos lo trae Robert de Niro en *Mi abuelo es un peligro* (2016). Zac Efron, el nieto, al cual De Niro arrastra a fiestas con mujeres después de que su esposa murió y Efron está a punto de casarse. Otra película que es independiente y tiene un personaje más profundo es *Grandma* (2015). Ella es una misántropa que acaba de echar a su última novia de su casa y su nieta va a pedirle que le preste un dinero para realizarse un aborto, Grandma se arrepiente de haber hecho un atrapa sueños con los restos de sus tarjetas de crédito y empieza una especie de *mini road movie* con paradas para conseguir el dinero del aborto y llegar a tiempo a la cita que es el mismo día. Sin duda, la imagen del abuelo en el cine cambió y se adaptó a la sociedad actual y estos abuelos ya superaron los prejuicios de épocas pasadas, cómo algunos en la vida real, y ahora en las pantallas de cine podemos ver tanto a nietos como a abuelos mostrarnos sus defectos. ◻



El abuelo que saltó por la ventana y se largó ◀